

Lego á este monasterio la sagrada imagen de mi Redentor.»

Tomó en sus manos un crucifijo que habia recibido del papa y lo estrechó contra sus labios.

Trascurrieron todavía otros siete dias. Habiendo solicitado el cristiano probado el favor de recibir el santo óleo, llegó el cardenal Cintio trayendo la bendición del soberano pontífice. El moribundo mostró por ello suma alegría.—«Esta es, dijo, la corona que habia yo venido á buscar á Roma: espero triunfar mañana con ella.»

Virgilio hizo pedir á Augusto que mandase arrojar al fuego *La Eneida*: el Tasso suplicó á Cintio que li-ciese quemar *La Jerusalem*. En seguida mostró deseos de quedar á solas con su crucifijo.

No habia llegado aun el cardenal á la puerta, cuando brotaron sus lágrimas, violentamente contenidas: la campana tocó á agonía, y los religiosos, entonando las oraciones de los muertos, lloraron y se lamentaron en los claustros. A este ruido dijo Torcuato á sus caritativos solitarios (á quienes creia ver vagar en torno suyo como sombras):—«Amigos míos, creéis dejarme, y no hago mas que precederos.»

Desde entonces no conferenció mas que con su confesor y algunos padres de gran doctrina. Próximo á exhalar su último suspiro, se recogió de sus labios esta sentencia, fruto de la experiencia de su vida: «Sino existiera la muerte, no habria en el mundo nada mas miserable que el hombre.» El 25 de abril de 1595, hacia el medio dia, exclamó el poeta:—*In manus tuas, Domine...* El resto del versículo no pudo oírse apenas, como pronunciado por un viajero que se aleja.

El autor de *La Enriada* se extingue en la fonda de Villette, sobre un muelle del Sena, y rechaza los auxilios de la Iglesia; el cantor de *La Jerusalem* espira cristiano en San Onofre: hágase la comparacion, y se verá la belleza que la fe añade á la muerte.

Todo lo que se refiere del triunfo póstumo del Tasso me parece sospechoso. Su mala fortuna tuvo aun mayor obstinacion de la que se supone. No murió en la hora designada de su triunfo, sino que sobrevivía veinte y cinco dias á ese triunfo proyectado. Nunca desmintió su destino; jamás fue coronado, ni aun despues de su muerte: no fueron presentados sus restos en el Capitolio en traje de senador, en medio de la concurrencia y de las lágrimas del pueblo: fue enterrado, como habia dispuesto, en la iglesia de San Onofre. La piedra con que se le cubrió (segun deseo suyo), no indicaba fecha ni nombre: diez años despues, Manso, marqués Dell'a Villa, último amigo del Tasso, y que hospedó á Milton, compuso el admirable epitafio: *Hic jacet Torquatus Tassus*. Manso encontró grandes dificultades para hacerle grabar, porque los monges, escrupulosos observadores de las voluntades testamentarias, se oponian á toda inscripcion; y sin embargo, sin el *hic jacet*, ó las palabras *Torquati Tassi ossa*, las cenizas del Tasso habrian quedado perdidas en la ermita del Janículo, como las del Pou-sino en San Lorenzo, in Lucina.

El cardenal Cintio formó el proyecto de erigir un mausoleo al cantor del Santo Sepulcro, proyecto que abortó. El cardenal Bevilacqua compuso un pomposo epitafio, destinado á la losa de otro mausoleo futuro, y así quedó la losa. Dos siglos despues, el hermano de Napoleon se ocupó de un monumento en Sorrento: José cambió muy pronto la cuna del Tasso por la tumba del Cid.

Finalmente, en nuestro dias se ha principiado un gran monumento fúnebre en memoria del Homero italiano, pobre y errante en otro tiempo, como el Homero griego. ¿Se concluirá la obra? Por mi parte, prefiero al táfumo de mármol la pequeña losa de la capilla, de la que hablé en el *Itinerario*: «Busqué (en Vcnecia 1806) en una iglesia desierta la tumba de

ese pintor (el Ticiano), y me costó algun trabajo encontrarlo: lo mismo me habia sucedido en Roma (en 1803) con el sepulcro del Tasso. Bien mirado, las cenizas de un poeta religioso y desgraciado no están muy mal colocadas en una ermita. El cantor de la Jerusalem parece haberse refugiado en aquella sepultura ignorada como para escapar á las persecuciones de los hombres: su fama llena el orbe, y él descansa ignorado bajo el naranjo (1) de San Onofre.»

La comision italiana encargada de los trabajos necrolitos me pidió que hiciese cuestacion en Francia y distribuyese las indulgencias de las musas á cada fiel que diese algun dinero para el monumento del poeta. Llegó julio de 1830: mi fortuna y mi crédito han participado del destino de las cenizas del Tasso. Esas cenizas parecen poseer una virtud que desecha toda opulencia, rechaza todo esplendor, se sustrae á todos los honores: los hombres pequeños son los que necesitan grandes sepulcros; á los hombres grandes les bastan los pequeños.

El Dios que se rie de todos mis sueños, precipitándome del Janículo con los antiguos padres conscriptos, me ha traído de otro modo al lado del Tasso. Aquí puedo juzgar mejor todavía del poeta, cuyas tres hijas han nacido en Ferrara: Armida, Herminia y Clorinda.

¿Qué es hoy la casa de Este? ¿Quién se acuerda de los Obizzo, los Nicolás, los Hércules? ¿Qué nombre queda en aquellos palacios? El de Leonor. ¿Qué se busca en Ferrara? ¿La morada de Alfonso? No; la prision del Tasso. ¿A dónde se va en procesion de siglo en siglo? ¿Al sepulcro del perseguidor? No; al calabozo del perseguido.

El Tasso alcanza en estos sitios una victoria mas memorable, pues hace olvidar á Ariosto: el extranjero deja los huesos del cantor de *Orlando* en el museo, y corre á buscar el nicho del cantor de *Reinaldo* en Santa Ana. La gravedad conviene á la tumba y deja uno al hombre que rió por el que vertió lágrimas. Durante la vida, la felicidad puede tener su mérito; despues de la muerte, pierde su valor: á los ojos del porvenir no hay mas bellezas que las existencias desgraciadas. A esos mártires de la inteligencia, inexorablemente sacrificados sobre la tierra, se les cuentan los infortunios como aumento de gloria: ellos duermen en el sepulcro con sus padecimientos inmortales, como los reyes con su corona. Nosotros, vulgares infortunados, somos harto poca cosa para que nuestras penas sean en la posteridad adorno de nuestra vida. Despojado de todo, al terminar mi carrera mi tumba no será un templo, sino un punto de refresco: no tendré la suerte del Tasso, y frustraré las tiernas y armoniosas predicciones de la amistad.

«El Tasso, errante de ciudad en ciudad, abrumado un dia por sus males, se sentó junto al fértil laurel, que extiende siempre sus verdes ramas sobre la tumba de Virgilio, etc.

Apresuráme á tributar mis homenajes á ese hijo de las musas, tan bien consolado por sus hermanos: siendo embajador rico, me suscribí para su mausoleo en Roma: peregrino indigente, á consecuencia del destierro, fui á arrodiillarme en su prision de Ferrara. Sé que se han suscitado dudas bastante fundadas acerca de la identidad de los sitios; pero, como todos los verdaderos creyentes, me burlo de la historia: aquella cripta, dígame lo que se quiera, es el sitio mismo que el *pazzo per amore* habitó siete años enteros; habia que pasar necesariamente por aquellos claustros, y se llegaba á aquel calabozo, en donde

(1) He dicho bien al decir *el naranjo*, pues hay un naranjo en los patios interiores de San Onofre.
(Nota de París, 1840.)

penetraba la luz á través de los hierros de una clara-boya, en donde la bóveda baja; que hiela la cabeza del que allí entra, destila el agua salitrosa sobre un suelo húmedo que paraliza los piés.

En las paredes por la parte exterior de la prision, y alrededor del postigo, se leen los nombres de los adoradores del dios: la estatua de Memnon, que vibraba armoniosa al tocarla la aurora, estaba cubierta de declaraciones de diversos testigos del prodigio. Yo no he borroneado mi ex-voto, y preferí ocultarme en la muchedumbre, cuyas secretas oraciones deben ser en razon de su misma humildad mas gratas al cielo.

Los edificios que cercan hoy la prision del Tasso dependen de un hospital para toda clase de dolencias y han sido puestos bajo la proteccion de los santos: *Santo Torquato sacrum*. A alguna distancia del aposento bendito hay un patio ruinoso, en cuyo centro cultiva el conserje un parterre rodeado de un vallado de malvas: la empalizada, de un verde suave, estaba cargada de flores anchas y hermosas. Cogí una de aquellas rosas del color del luto de los reyes y que me parecia crecer al pié de un calvario. El genio es un Cristo: desconocido, perseguido, azotado, coronado de espinas, puesto en cruz por los hombres, muere dejándoles la luz, y resucita adorado.

LLEGADA DE LA DUQUESA DE BERRY.

Ferrara 18 de stiembre de 1855.

Habiendo salido el 18 por la mañana, al volver á las Tres Coronas encontré la calle atestada de gente y á los vecinos asomados á las ventanas. Una guardia de cien soldados austriacos y pontificios ocupaban la posada. El cuerpo de oficiales de la guarnicion, los magistrados de la ciudad, los generales, el prolegado, aguardaban á la duquesa de Berry, cuya llegada habia anunciado un correo con las armas de Francia. La escalera y los salones estaban adornados de flores nunca se ha hecho mas hermoso recibimiento á una desterrada.

Al avistarse el coche, sonaron los tambores y empezaron á tocar las músicas de los regimientos: los soldados presentaron las armas. Costó trabajo á la princesa bajarse de su carruaje, detenido á la puerta de la fonda, en medio de tanta gente: habia yo acudido, y ella me reconoció entre la muchedumbre. A través de las autoridades constituidas y de los mendigos que la acosaban, me alargó la mano, diciendo:—«*Mi hijo es vuestro rey*, conque ayudadme á pasar.» No la encontré muy cambiada, aunque sí flaca; tenia cierto aire de una muchacha llena de viveza.

Iba yo delante de la princesa, que daba el brazo á Mr. de Lucchesi: seguía la Mad. de Podenas. Subimos las escaleras, y entramos en las habitaciones entre dos filas de granaderos, al estrépito de las armas, al ruido de los clarines y á los vivas de los espectadores. Tomábanme por el mayordomo, y se dirigian á mí para ser presentados á la madre de Enrique V. Mi nombre se unia á aquellos nombres en la imaginacion de la multitud.

Es de advertir que *Madame*, desde Palermo á Ferrara, fue recibida con los mismos respetos, á pesar de las notas de los enviados de Luis Felipe. Habiendo tenido valor Mr. de Broglie para pedir al papa la expulsion de la proscrip-ta, le contestó el cardenal Bernetti:—«Roma ha sido siempre el asilo de las grandezas caídas. Si en estos últimos tiempos la familia de Bonaparte halló un refugio al lado del padre de los fieles, con mayor razon debe ejercerse igual hospitalidad con la familia de los reyes cristianísimos.»

No doy gran crédito á este despacho; pero me llamaba altamente la atencion un contraste: en Francia el gobierno prodiga insultos á una mujer á quien

teme; en Italia nadie se acuerda mas que del nombre, del valor y de las desgracias de la duquesa de Berry.

Vime obligado á aceptar mi papel improvisado de primer gentil-hombre de cámara. La princesa estaba no poco extraña; llevaba un vestido de tela cenicienta ajustado por la cintura; en la cabeza una especie de papalina de viuda, ó de casquete de niño, ó de pensionista castigada. Iba á un lado y á otro como un moscon, y corria como una aturdida, con aire resuelto, en medio de los curiosos, lo mismo que hacia en los bosques de la Vandée. No miraba ni conocia á nadie, y me veia precisado muchas veces á detenerla irreverentemente por el vestido ó á cerrarle el paso, diciéndole:—«Señora, ese es el comandante austriaco, el oficial de uniforme blanco; señora, ese es el comandante de las tropas pontificias, el oficial de cascaca azul; señora, ese es el prolegado, aquel jóven eclesiástico vestido de negro.» La princesa se detenía, decia algunas palabras en italiano ó en francés, no muy adecuadas, pero pronunciadas rotunda, franca y graciosamente, de modo que, en medio de su inconveniencia, no desagradaban; era aquello una cosa que no se asemejaba á nada conocido. Sentíame como embarazado, y sin embargo, no tenia la menor inquietud sobre el efecto causado por la escapada de las llamas y del calabozo.

Sobrevenia una confusion cómica. Debo decir una cosa con toda la reserva de la modestia: el vano ruido de mi vida aumenta conforme va acrecentándose el silencio real de la misma. No puedo apearme hoy en una posada en Francia ó en el extranjero sin verme asediado al momento. Para la antigua Italia soy yo el defensor de la religion; para la moderna el defensor de la libertad: para las autoridades tengo el honor de ser *la sua eccellenza gia ambasciadore di Francia* en Verona y en Roma. Muchas damas, todas de extremada belleza sin duda, han prestado la lengua de Angelica y de Aquilan el Negro á la florideña Atala y al moro Aben-Hamet. Así es que veo llegar estudiantes, curas ancianos de grandes solideo, mujeres cuyas gracias y traducciones agradezco; luego *mendicanti* harto bien educados para creer que un ex-emba-jador está tan miserable como sus señorías.

Ahora bien: mis admiradores habian acudido á la fonda de las Tres Coronas con la muchedumbre atraída por la duquesa de Berry: acorralábanme en el hueco de una ventana, y allí me principiaban una arenga que iban á concluir á María Carolina. En la turbacion de los ánimos las dos turbas se equivocaban á veces de patron y de patrona. Veíame saludado con el título de *alteza real*, y *Madame* me refirió que la habian cumplimentado por *El Genio del Cristianismo*: cambiábamos nuestras reputaciones. La princesa estaba encantada de haber compuesto una obra en cuatro tomos, y yo orgulloso de que me tomasen por la hija de los reyes.

De repente desapareció la princesa, y se fué á pié con el conde Lucchesi á ver el aposento del Tasso: era inteligente en prisiones. La madre del huérfano desterrado, del niño heredero de San Luis, María Carolina, saliendo de la fortaleza de Blaye, y no buscando en la ciudad de René de Francia mas que el calabozo de un poeta, es una cosa única en la historia de la fortuna y de la gloria humana. Los venerables de Praga habrian pasado cien veces por Ferrara sin que les hubiese ocurrido semejante idea; pero Mad. de Berry es napolitana, compatriota del Tasso, que decia: *Ho desiderio di Napoli, come l'anime ben dispote, del paradiso*. «Tengo deseo de Nápoles, como las almas bien dispuestas lo tienen del paraíso.»

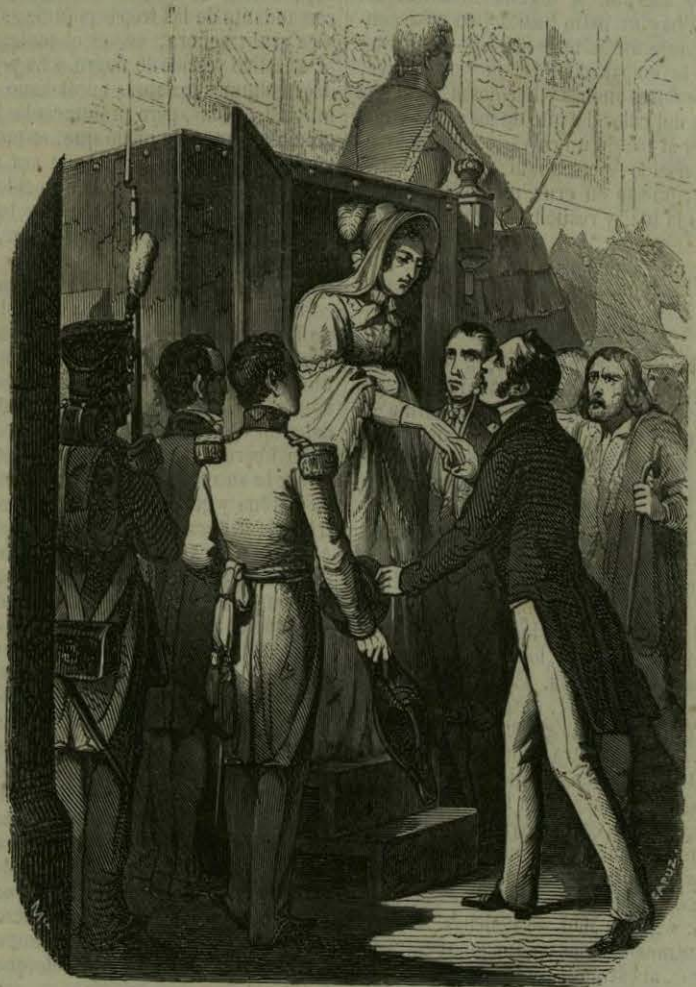
Yo estaba en la oposicion y en desgracia: las ordenanzas se maduraban clandestinamente en el palacio y reposaban todavía con gozo y en secreto en el fondo de los corazones: un dia vió la duquesa de Berry un

grabado que representaba al cantor de Jerusalem á la reja de su prision: —«Espero, dijo, que veremos pronto así á Chateaubriand.» Palabras de prosperidad, de que no hay que hacer mas caso que de una expresion escapada en medio de la embriaguez. Debía yo reunirme con *madame* en el calabozo mismo del Tasso, despues de haber sufrido por ella las prisiones de la policia. ¡Qué elevacion de sentimiento en la noble princesa; qué prueba de estimacion me dió dirigiéndose á mí en la hora de su infortunio, despues del deseo que habia formado! Si su primer deseo ensalzaba demasiado mis talentos, su confianza se ha engañado menos acerca de mi carácter.

LA SEÑORITA LEBRESCHU.—EL CONDE LUCHESI PALL.—
DISCUSION.—COMIDA.—BUGEAD EL CARCELERO.—
MAD. DE SAINT-PIEST.—MR. DE SAINT-PIEST.—MA-
DAMA DE PODENAS.—NUESTRA TROPA.—MI REPUG-
NANCIA Á IR Á PRAGA.—CEDO SOBRE UNA PALABRA.

Ferrara 18 de setiembre de 1833.

Llegaron Mr. de Saint-Priest, Mad. de Saint-Priest y Mr. A. Sala. Este habia sido oficial en la guardia real, y fue sustituido en mis asuntos de librería á Mr. Delloje, mayor en la misma guardia. Dos horas



LLEGADA DE LA DUQUESA DE BERRY Á FERRARA.

despues de la llegada de *madame*, vi á mi compatriota, la señorita Lereschu, la cual se apresuró á manifestarme las esperanzas que tenian fundadas en mí. La señorita Lereschu figura en el proceso de Carlo Alberto.

De vuelta la duquesa de su poética visita, me mandó llamar: aguardábame con el conde Luchesi y Mad. de Podenas.

El conde Luchesi Palli es alto y moreno: *madame* le llama *Tancredo* por las mujeres. Sus maneras con la princesa su mujer son un modelo de atenciones; ni humildes ni arrogantes, mezcla respetuosa de la autoridad del marido y de la sumision del súbdito.

Madame me habló al punto de negocios, dándome las gracias por haber accedido á su invitacion: dijo-

me que iba á Praga, no solo para reunirse á su familia, sino para obtener el acta de mayoría de su hijo: en seguida me declaró que me llevaba consigo.

Esta declaracion, que me cogió de sorpresa, me dejó consternado: ¡volver á Praga! Expuse las objeciones que se me ofrecian á la imaginacion.

Si iba yo á Praga con *madame* y alcanzaba esta lo que deseaba, el honor de la victoria no perteneceria todo entero á la madre de Enrique V, y esto seria un mal: si Carlos X se obstinaba en rehusar el acta de mayoría estando yo presente (como me persuadia de que lo haria) perderia mi crédito. De consiguiente me parecia mejor quedarme como de reserva para el caso en que resultase frustrada la negociacion de *madame*

Su alteza real combatió estas razones; sostuvo que no tendria fuerza alguna en Praga si yo no la acompañaba; que yo infundia miedo á sus parientes, y que consentia en dejarme el brillo de la victoria y el honor de asociar mi nombre al advenimiento de su hijo.

En medio de este debate entraron Mr. y Mad. de Saint-Priest, los cuales insistieron en el sentido de la princesa. Persistí yo en mi repulsa, y en esto anunciaron la comida.

Madame estuvo muy alegre. Refirióme sus contestaciones con el general Bugeaud en Blaye del modo mas festivo. Bugeaud la atacaba sobre la política, y se incomodaba; *Madame* se incomodaba mas que él;

gritaban ambos como dos águilas, y le despedía ella del cuarto. S. A. R. se abstuvo de ciertos pormenores, que me habria tal vez comunicado si me hubiese quedado con ella. No dejó á Bugeaud por ningun estilo: —«Ya sabeis, me dijo, que os hice llamar cuatro veces. Bugeaud hizo pasar mis pretensiones á Argout, Argout contestó á Bugeaud que era un bestia, y que hubiera debido rehusar vuestra admision con solo el rótulo del saco. Es muy agudo ese Mr. de Argout.» Y *Madame* acentuaba esta última frase con su acento italiano.

Sin embargo, habiéndose esparcido el rumor de mi negativa, se alarmaron los fieles. La señorita Le-



LA SEÑORA EN SAN ANTONIO DE PADUA.

reschu vino despues de comer á sermonearme á mi cuarto: Mr. de Saint-Priest, hombre de talento y de juicio, me envió primero á Mr. Sala, y luego le reemplazó, y me apremió á su vez. Habian hecho marchar á Mr. de la Ferronnaye á Hradschin, á fin de zanjar las primeras dificultades. Habia llegado Mr. de Montbel, el cual habia sido encargado de ir á Roma á sacar el contrato de matrimonio extendido en la forma debida y conveniente, y que estaba depositado en manos del cardenal Zuria.

—«Suponiendo, continuó Mr. de Saint-Priest, que Carlos se niegue á dar el acta de mayoría, ¿no seria bueno que *Madame* obtuviese una declaracion de su hijo? ¿Cuál deberá ser esa declaracion?—Una nota

muy breve, le contesté, en la que Enrique protestase contra la usurpacion de Felipe.»

Mr. de Saint-Priest trasmitió mis palabras á *Madame*. Mi resistencia continuó poniendo en alarma á los que rodeaban á la princesa. Mad. de Saint-Priest, por la nobleza de sus sentimientos, parecia sentir con mas viveza. Mad. de Podenas no habia perdido la costumbre de su serena sonrisa, que le hacia enseñar sus hermosos dientes: su tranquilidad era mas sensible en medio de nuestra agitacion.

No nos asemejábamos del todo mal á una tropa ambulante de cómicos franceses, que representaban en Ferrara, con permiso de los señores magistrados de la ciudad, *La Princesa fugitiva* ó *La Madre persegui-*

da. El teatro representaba á la derecha la prision del Tasso, á la izquierda la casa de Ariosto, y en el fondo el palacio donde se celebraron las fiestas de Leonor y Alfonso. Aquella monarquía sin trono, aquellos cuidados de una corte encerrada en dos carruajes errantes, que tenia de noche por palacio la fonda de las Tres Coronas; aquellos consejos de Estado celebrados en el cuarto de una posada, todo eso completaba la diversidad de las escenas de mi fortuna.

»Entre bastidores me quitaba el yelmo de caballero y volvía á tomar el sombrero de paja: viajaba con la monarquía de derecho envuelta en mi maleta, mientras que la monarquía de hecho ostentaba sus oropeles en las Tullerías; Voltaire llama á todos los tronos á pasar su carnaval en Venecia con Achmet III. Ivan, emperador de todas las Rusias; Carlos Eduardo, rey Inglaterra; los dos reyes de los polacos; Teodoro, rey de Córcega, y cuatro altezas serenísimos.—Señor, la silla de V. M. está en Padua, y la barca pronta.—Señor, V. M. podrá marchar cuando quiera.—A fe mía, señor, no tenemos ya bastante crédito V. M. ni yo, y podría suceder que nos encerrasen esta noche.»

Por mi parte, diré como Cándido: «Señores, ¿porqué sois todos reyes? Os confieso que ni Martin ni yo lo somos.» Eran las once de la noche, y tenia esperanzas de haber ganado mi causa y alcanzado mi pase. Mucho me equivocaba. *Madame* no abandonaba tan pronto su resolución, y si no me habia preguntado aun sobre la Francia, era porque le absorbía enteramente la atencion mi resistencia á su designio. Mr. de Saint-Priest, que entró en mi cuarto, me trajo la minuta de una carta que S. A. R. se proponia escribir á Carlos X.—«¿Pues qué! exclamé: ¿persiste *Madame* en su resolución? ¿Quiere que lleve yo esa carta? Me seria imposible materialmente hacerlo, porque mi pasaporte no es mas que para Suiza é Italia.

—«Nos acompañareis hasta la frontera de Austria, repuso Mr. de Saint-Priest: *Madame* os hará entrar en su coche, y salvada la frontera, volvereis á vuestro carruaje, y llegareis á Praga treinta y seis horas antes que nosotros.

Corrí al cuarto de la princesa, y renové mis instancias: la madre de Enrique V me dijo:—«No me abandoneis.» Esta expresion puso término á la lucha, y cedí: *Madame* se mostró radiante de júbilo. ¡Pobre mujer! ¡Había llorado tanto! ¡Cómo hubiera podido resistirme al valor, á la adversidad, á la grandeza caída, reducidos á ocultarse bajo mi *proteccion*! Otra princesa, la delina, me habia dado gracias tambien por mis inútiles servicios: Carlsbad y Ferrara eran dos destierros de distintos soles, y yo habia recogido en ellos los mas nobles honores de mi vida.

Madame salió el 19 muy de mañana para Padua, en donde me dió cita: debia detenerse en Catajo, en casa del duque de Módena. Tenia yo cien cosas que ver en Ferrara; palacios, cuadros, manuscritos, y tuve que contentarme con ver la prision del Tasso. Púseme en camino algunas horas despues que S. A. R. Llegué de noche á Padua; envié á Jacinto á que me trajese de Venecia mi pequeño equipaje de estudiante alemán, y me acosté tristemente en la *Estrella de oro*, que nunca fue la mía.

PADUA.—SEPULCROS.—MANUSCRITO DE ZANZA.

Padua 20 de setiembre de 1833.

El viernes 20 de setiembre pasé parte de la mañana en escribir á mis amigos mi cambio de destino. Sucesivamente fueron llegando las personas de la comitiva de *Madame*.

No teniendo ya que hacer, salí con un *cicerone* y visitamos las dos iglesias de Santa Justina y San An-

tonio de Padua. La primera obra de Gerónimo de Brescia, es de gran magestad: desde lo bajo de la nave no se ve ninguna de las ventanas abiertas á una grande elevacion; de suerte que la iglesia está iluminada, sin que se sepa por dónde se introduce la luz. Esta iglesia tiene muchos cuadros buenos de Pablo Veronese, Liberi, Palma, etc.

San Antonio de Padua (*el Santo*) presenta un monumento gótico á lo griego, estilo peculiar de las antiguas iglesias de Venecia. La capilla de San Antonio es de Santiago Sansovino y de Francisco, su hijo: á primera vista se conoce: los adornos y la forma son del gusto de la *loggetta* de la torre de San Marcos.

Una *signora* con vestido verde y con sombrero de paja cubierto con un velo oraba delante de la capilla del santo, y detrás de ella oraba tambien un lacayo con librea: supuse que pedia por el alivio de algun mal moral ó físico, y no me engañé. Volví á encontrar en la calle: mujer de unos cuarenta años, descolorida, delgada, que caminaba derecha y con aire doliente: yo habia adivinado su amor ó su parálisis. Habia salido de la iglesia con esperanza: en el espacio de tiempo en que ofrecia al cielo sus fervientes oraciones, ¿no olvidaba su dolor? ¿No se hallaba realmente curada?

El Santo abunda en mauseleos: el de Bembo es célebre. En el claustro se encuentra la tumba del jóven Orbesan, muerto en 1595.

¡Gallus eram, putavi, morior, spes una parentum!

El epitafio francés de Orbesan termina con un concepto que no desdeñaria un gran poeta: «No hay dia tan bello al que no siga su noche.»

Carlos Guy-Patin está enterrado en la catedral: su estúpido padre no pudo salvarle, y eso que *habia asistido á un niño de la nobleza, de edad de siete años, el cual fue sangrado tres veces y curado en quince dias como por milagro.*

Los antiguos sobresalian en la inscripcion fúnebre: «Aquí reposa Epicteto, decian, esclavo, contrahecho, pobre como Irus, y sin embargo favorito de los dioses.»

Camoens, entre los modernos, ha compuesto el epitafio mas magnífico, el de Juan III de Portugal: «¿Quién yace en este gran sepulcro? ¿Quién es el que designan las armas ilustres de este pesado escudo? ¡Nada! Porque á eso viene á parar todo... Que la tierra le sea ahora tan ligera como terrible fue él en otro tiempo para el moro.»

Mi *cicerone* paduano era un hablador muy diferente de mi Antonio de Venecia: hablábame á cada paso de *ese gran tirano Angelo*: en cada calle me anunciaba las tiendas y cafés; en el *Santo* queria absolutamente enseñarme la lengua del predicador del Adriático, perfectamente conservada. ¿No vendrá la tradicion de esos sermones de aquellas canciones que á ejemplo de los antiguos griegos, cantaban los pescadores á los peces en la edad media para encantarlos? Todavía nos quedan algunas de esas baladas pelagianas en anglo-sajon.

Ninguna noticia de Tito Livio: en vida suya habria hecho con gusto y expresamente el viaje de Roma por verle como el habitante de Cádiz: de buen grado, como Panormita, habria vendido mis tierras por comprar algunos fragmentos de la *Historia romana*, ó, como Enrique IV, prometido una provincia por una *Década*. Un longista de Saumur, no era de ese parecer, y cubrió unas palas con un manuscrito de Tito Livio que le vendió por papel viejo el boticario del convento de la abadía de Fontevault.

Cuando volví á la *Estrella de oro*, habia regresado Jacinto de Venecia. Háblame encomendado que pasase á casa de Zanza, y le hiciese presente mis excusas por haber marchado sin verla. Encontré á la madre y á la hija grandemente encolerizadas, pues acababan de

leer *Le Mie Prigioni*. La madre decia que Silvio era un *malvado*, que se habia permitido escribir que Brollo le habia tirado de una pierna una vez que Pellico estaba sobre una mesa. La hija exclamaba:—«Pellico es un calumniador, y á mas de eso un ingrato. Despues de los servicios que le he hecho trata de deshonorarme.» Amenazaba ella con hacer recoger la obra y perseguir al autor ante los tribunales, y habia principiado una refutacion del libro; Zanza no es solo artista, sino mujer de letras.

Jacinto le rogó que me diese la refutacion no concluida: al pronto titubeó; pero, por último, le entregó el manuscrito: estaba pálida y fatigada de su trabajo. La anciana carcelera pretendia siempre vender los bordados de su hija y las labores en mosaico. Si vuelvo algun dia á Venecia corresponderé mejor con Mad. Brollo de lo que lo hice con Abou Gosch, gefe de los árabes de las montañas de Jerusalem, á quien prometí una cesta de arroz de Damietta, y no se la envié.

Véase el comentario de Zanza:

«La veneciana se maravilla de que haya habido quien tenga valor para escribir contra ella dos escenas de una novela formada y llena de falsedades impías, y se queja altamente del autor, que podia servir de otra persona para abrir campo á su genio, en vez de tomar por juguete á una muchacha honrada, de educacion y religion, estimada, amada, y bien conocida de todos.

«¿Cómo puede decir Silvio que á mi edad de trece años (que eran los que tenia cuando él dice que me conoció); cómo puede decir que yo iba á visitarle diariamente á su habitación, si puedo jurar y juro que no fui á verle sino muy pocas veces, y acompañada siempre de mi padre, de mi madre, ó de un hermano mio? ¿Cómo puede decir que le confíe mi amor; yo, que estaba siempre en mis escuelas; yo, que principiando apenas á saber alguna cosa no podia conocer ni el amor ni el mundo, consagrada únicamente á los deberes de la religion, á los de una hija obediente, ocupada siempre en mis labores, mis únicos placeres?»

«Juro que nunca le he hablado (á Pellico) ni de amor ni de ninguna otra cosa; pero si alguna vez le veía, le miraba con ojos de piedad, porque mi corazón era compasivo para mis semejantes. Asi es que yo aborrecia el puesto que mi padre ocupaba por efecto de las circunstancias; este habia desempeñado siempre otro destino; pero despues de haber sido un soldado valiente, de haber servido bien á la república y luego á su soberano, fue colocado contra su voluntad y la de su familia en aquel empleo.

«Es falsísimo que le haya cogido yo nunca la mano al expresado Silvio, ni como la de mi padre ni como la de mi hermano; primero, porque aunque muy jóven y falta de experiencia, habia recibido la suficiente educacion para conocer mis deberes.

«¿Cómo puede decir que yo le abracé, cuando no hubiera hecho eso ni aun con mi hermano, tales eran los escrúpulos que habia infundido en mi corazón la educacion recibida en los conventos, donde mi padre me habia tenido siempre?»

«Verdaderamente sucederá que he sido mas conocida de él (Pellico) que él podia serlo de mí. Yo estaba todos los dias en compañía de mis hermanos en un cuarto contiguo al suyo, que era en el que dormian y estudiaban mis expresados hermanos. Ahora bien; puesto que yo estaba con ellos, ¿cómo puede decir que discurria yo con él acerca de los asuntos de mi familia y consolaba mi corazón sobre del rigor de mi madre y la bondad de mi padre? Lejos de haber tenido motivo para quejarme de ella, siempre la he amado.

«¿Cómo puede decir que gritó contra mí por haberle llevado un café malo? No sé de nadie que pueda decir que tuviese la osadía de gritar contra mí, ha-

biéndome estimado todos por mi sola bondad.

«Me admiro sobremanera de que un hombre de juicio y de talento haya tenido valor para gloriarse injustamente de semejantes cosas contra una jóven honrada, lo cual podria hacerle perder la estimacion que todos le profesan y hasta el amor de un marido respetable, hacerle perder su paz y su tranquilidad en los brazos de su familia y de su hija.

«Estoy profundamente indignada contra ese autor, por haberme expuesto de ese modo en un libro público, y por haberse tomado la grandísima libertad de citar mi nombre á cada paso.

«Y sin embargo, ha tenido la atencion de escribir el nombre de *Tremereilo* en vez del de *Mandricardo*, nombre del que tan bien le llevaba los mensajes, y á este podria hacerse conocer con certeza, porque sabia lo infiel é interesado que era con él. Por beber y comer habria sacrificado á todo el mundo; era pérfido con todos los que llegaban pobres y no podian engordarle tanto como él queria. Trataba á esos infelices peor que á las bestias; pero cuando le veía, le reconvenia por ello y lo decia á mi padre, porque mi corazón no podia tolerar tan malos tratamientos con un semejante mio. El (*Mandricardo*) era bueno únicamente con los que le daban la *buena mancia*, y le daban bien de comer: ¡el cielo le perdone! pero tendrá que dar cuenta de sus malas acciones con sus semejantes y del odio que me profesaba á causa de no tolerarle sus malas mañas. Con un hombre tan malo ha usado Silvio delicadeza, y conmigo, que no merecia ser puesta en ridículo, no ha tenido el menor miramiento.

«Pero yo sabré acudir adonde se me hará plena justicia: no me gusta, ni quiero ser nombrada en público, ni para bien ni para mal.

«Soy feliz en brazos de mi esposo, que me ama tanto, y que es verdadera y virtuosamente correspondido. El conoce bien, no solo mi conducta, sino mis sentimientos. Y deberé por un hombre que tiene por conveniente explotarme en interés de sus escritos mal fundados, y llenos de falsedades.....

«Silvio me perdonará mi cólera; pero no debía extrañarla, cuando llegase yo á conocer claramente su conducta con respecto á mí.

«Véase la recompensa de todo lo que hizo mi amistad, habiéndole tratado (á Pellico) con esa humanidad que merece toda criatura envuelta en semejante desgracia, y no habiéndole tratado segun las órdenes.

«Y yo hago, no obstante, el juramento de que todo cuanto se ha dicho acerca de mí es falso. Quizá Silvio habrá sido mal informado con respecto á mí; pero no puede decir con verdad cosas que, no siendo ciertas, son únicamente para él un motivo mas fuerte para forjar su novela.

«Mas quisiera decir, pero las ocupaciones de mi familia no me permiten perder mas tiempo. Únicamente doy las gracias al *signor* Silvio por su obra y por haber sembrado en mi corazón, inocente de culpa, una continua inquietud, y tal vez una infelicidad perpetua.»

Esta traduccion literal está lejos de reproducir la verbosidad femenina, la gracia extranjera, la animada ingenuidad del texto: el dialecto de que se sirve Zanza exhala un perfume nativo imposible de trasladar á otro idioma. La *Apologia*, con sus frases incorrectas, nebulosas, sin concluir, como las extremidades vagas de un grupo del Albano; el manuscrito, con su ortografía defectuosa ó veneciana, es un monumento de mujer griega, pero de aquellas mujeres de la época en que los obispos de Tesalia cantaban los amores de Theagenes y Cariclea. Prefiero las dos páginas de la carcelera á todos los diálogos de la Isota que defendió á Eva contra Adán, como Zanza se defiende á sí propia contra Pellico. Mis hermosas com-

patriotas provenzales de otro tiempo recuerdan mas á la hija de Venecia por el idioma de esas generaciones intermedias en que la lengua del vencido no está todavía enteramente muerta, ni la lengua del vencedor enteramente formada.

¿Quién tiene razon de Pellico ó Zanza? ¿De qué se trata en los debates? De una simple confidencia, de un abrazo dudoso, el cual, en el fondo, quizá no iba dirigido al que lo recibía. La viva desposada no quiere reconocerse en la deliciosa púbera representada por el cautivo; pero contesta el hecho con tanta gracia, que lo prueba al negarlo. El retrato de Zanza en la memoria del demandante es tan parecido, que se le encuentra en la réplica de la demandada: el mismo sentimiento de religion y humanidad, la misma reserva, el mismo tono de misterio, la misma desenvoltura suave y tierna.

Zanza tiene gran fuerza cuando afirma con apasionado candor que no se hubiera atrevido á abrazar á su propio hermano, cuanto menos á Pellico. La piedad filial de Zanza estierna en extremo cuando transforma á Brollo en un antiguo soldado de la república, reducido al estado de carcelero *per sola combinazione*.

Zanza está admirable en esta observacion: Pellico ha ocultado el nombre de un hombre perverso, y no temió revelar el de una criatura inocente que se compadecía de las miserias de los presos.

A Zanza no le seduce la idea de ser inmortal: en una obra inmortal: ni siquiera le ocurre esa idea; solo le lastima la indiscrecion de un hombre; este hombre, á juzgar por lo que dice la ofendida, sacrifica la reputacion de una mujer al capricho de su talento, sin cuidar del mal que puede ser causa, y no pensando mas que en hacer una novela en provecho de su fama. Un temor visible domina á Zanza; las revelaciones de un prisionero, no despertarán los zelos de un esposo?

El impulso con que termina la *Apologia* es patético y elocuente.

«Doy las gracias al *signor*. Silvio por su obra y por haber sembrado en mi corazon, inocente de culpa, una continua inquietud, y tal vez una infelicidad perpetua: una continua inquietudine é forse una perpetua infelicitá.»

Sobre estas últimas líneas, trazadas con mano fatigada, se ven las huellas de algunas lágrimas.

Extraño yo al proceso, no quiero lastimar nada; de consiguiente creo que la Zanza de *Mie Prigioni* es la Zanza segun las musas; y que la Zanza de la *Apologia* es la Zanza segun la historia. Borro el pequeño defecto de estatura que yo habia creído ver en la hija del antiguo soldado de la república: me he equivocado: Angélica de la prision de Silvio es como el tallo de un junco, como el tronco de una palmera. Declaro que ningun personaje de mis *Memorias* me agrada tanto como ella, sin exceptuar á mi sílfide. Entre Pellico y la misma Zanza, con el auxilio de su manuscrito, de que soy depositario, malo será que la *Veneciana* no pase á la posteridad. Si, Zanza; ocupareis lugar entre las sombras de mujeres que nacen alrededor del poeta, cuando canta al sonido de su lira. Esas sombras delicadas, huérfanas de una armonía acabada y de un sueño desvanecido, permanecen vivas entre la tierra y el cielo, y habitan á la vez su doble patria. «El hermoso paraíso no tendría sus gracias completas si no estuvieses tú en él.» dice un trovador á su amada, ausente por la muerte.

NOTICIA INESPERADA.—EL GOBERNADOR DEL REINO LOMBARDO-VENETO.

Padua 20 de setiembre de 1835.

La historia ha venido de nuevo á estrangular á la novela. Apenas acababa yo de leer en la *Estrella de*

Oro la defensa de Zanza, cuando entró Mr. de Saint-Priest en mi cuarto, diciendo:—«Hay novedades.» Una carta de S. A. R. nos manifestaba que el gobernador del reino Lombardo-Veneto se habia presentado en el Catajo y habia anunciado á la princesa la imposibilidad en que se veía de dejarla continuar su viaje. *Madame* deseaba que marchase yo inmediatamente.

En aquel momento llamé á mi puerta un ayudante del gobernador, y me preguntó si tendría por conveniente recibir á su general. Por toda respuesta me constituyo en el cuarto de S. E., hospedado, como yo, en la *Estrella de Oro*.

El gobernador era un hombre excelente.

—«Figuraos, señor vizconde, me dijo, que mis órdenes contra la duquesa de Berry eran del 28 de agosto. S. A. R. me habia mandado á decir que tenia pasaportes de fecha posterior y una carta de mi emperador. El 17 del corriente mes de setiembre recibí á media noche un correo, por un despacho fechado el 15 en Viena se me intima que ejecute las primeras órdenes del 28 de agosto, y no dejar avanzar á la duquesa de Berry mas allá de Udine ó de Trieste. ¡Mirad, querido é ilustre vizconde, qué gran desgracia para mí! Detener á una princesa á quien admiro y respeto, si no quiere conformarse con la voluntad de mi soberano; porque la princesa me ha recibido bien, y me ha dicho que haria lo que quisiese. Querido vizconde, si pudiérais obtener de S. A. R. que permaneciese en Venecia ó en Trieste hasta que lleguen nuevas instrucciones de mi córte... Yo refrenaré vuestro pasaporte para Praga; podreis llegar allá sin la menor dificultad, y arreglarseis todo esto; porque seguramente mi córte no ha hecho mas que ceder á peticiones. Prestadme, por favor, ese servicio.»

Conmovíome el candor del noble militar. Comparando la fecha del 15 de setiembre con la de mi salida de París, 3 del mismo mes, me ocurrió una idea: mi entrevista con *Madame*, y la coincidencia de la mayoría de Enrique V, podian haber asustado al gobierno de Felipe. Un despacho del duque de Broglie, transmitido por una nota del conde de Saint-Aulaire, habia determinado tal vez á la cancelleria de Viena á renovar la prohibicion del 28 de agosto. Es posible que me equivoque, y que el hecho que sospecho no haya tenido lugar; pero dos nobles, pares ambos de Francia por Luis XVIII, ó infractores de sus juramentos, eran muy dignos, al fin, de ser instrumentos de tan generosa política contra una mujer, madre del rey legítimo. ¿Hay que admirarse de que la Francia de hoy se confirme mas y mas en la alta opinion que tiene de las gentes de córte de otro tiempo?

Guardéme bien de manifestar el fondo de mi pensamiento. La persecucion habia cambiado mis intenciones con respecto al viaje de Praga, y me sentia tan deseoso ahora de emprenderlo, solo en interés de mi soberana, como contrario me habia mostrado antes á hacerlo con ella, cuando tenia franco el camino. Disimulé mis verdaderos sentimientos, y queriendo mantener al gobernador en la buena voluntad de darme un pasaporte, aumenté su leal inquietud, y le dije:

—«Señor gobernador, difícil es lo que me proponéis. Ya conoceis á la duquesa de Berry, que no es mujer que puede hacerse de ella lo que se quiera: si ha tomado una resolucion, nada le hará cambiar de ella. ¿Quién sabe! Quizá le convenga ser detenida por el emperador de Austria, su tío, como ha sido puesta en prision por Luis Felipe, su tío. Los reyes legítimos y los reyes ilegítimos obrarán unos como otros: Luis Felipe habrá destronado al hijo de Enrique IV; Francisco II impedirá la reunion de la madre y el hijo: el principe de Metternich relevará al general Bugeaud en su puesto: ¡es cosa magnífica!»

El gobernador estaba fuera de sí.

—«¡Ay, vizconde; cuánta razon teneis! ¡Esa propaganda existe en todas partes! ¡Esa juventud no nos escucha ya! No tanto aun en el estado veneciano, como en la Lombardia y el Piamonte.

—«¡Y la Romaña! exclama. ¡Y Nápoles! ¡Y la Sicilia! ¡Y las orillas del Rhin! ¡Y el mundo entero!

—«¡Ah, ah! exclamó el gobernador; no podemos permanecer así: siempre con espada en mano y un ejército sobre las armas sin batirnos. La Francia y la Inglaterra propuestas como ejemplo á nuestros pueblos. ¡Una jóven Italia ahora, despues de los carbonarios! ¿Quién ha oido hablar nunca de eso?

—«Caballero, le dije: haré todos mis esfuerzos para determinar á *Madame* á concedernos algunos dias; tendreis la bondad de facilitarme un pasaporte: solo esa condescendencia podrá impedir que S. A. R. siga su primera resolucion.

—«Tomaré á mi cargo, dijo tranquilizado el gobernador; el dejar que *Madame* atravesase á Venecia con direccion á Trieste. Si se detiene un poco por el camino, llegará precisamente á este último punto con las órdenes que vais á buscar, y saldremos á salvo. El delegado de Padua os visará el pasaporte para Praga, en cambio de lo cual dejareis una carta anunciando la resolucion de S. A. R. de no pasar de Trieste. ¡Qué tiempos! ¡Qué tiempos! Me felicito de ser viejo, querido é ilustre vizconde, por no ver lo que tiene que suceder.»

Al insistir sobre el pasaporte, me reconvenia interiormente de abusar un poco tal vez de la completa rectitud del gobernador, porque podria llegar á ser mas culpable en haberme dejado ir á Bohemia que en haber cedido á la duquesa de Berry. Todo mi temor era que algun espía de la policia italiana pusiese obstáculos á que mi pasaporte fuese visado. Cuando el delegado de Padua vino á visitarme, encontré en él un aspecto de secretaria, un continente de protocolo y un aire de prefectura, como en un hombre educado en las administraciones francesas. Esa capacidad burocrática me hizo temblar. Así que me aseguré haber sido comisario en el ejército de los aliados en el departamento de las Bocas del Ródano, renació en mí la esperanza, y ataqué á mi enemigo, asestando directamente á su amor propio. Declaré que se habia hecho notar la estricta disciplina de las tropas estacionadas en Provenza. Yo no sabia nada de eso; pero contestándome el delegado con un arrebato de admiracion, se apresuró á despachar mi negocio; apenas obtuve el refrendo de mi pasaporte, ya no me volví á acordar del delegado.

CARTA DE MADAME Á CARLOS X Y Á ENRIQUE V.—MR. DE MONTBEL.—MI BILLETE AL GOBERNADOR.—MARCHO Á PRAGA.

Padua 20 de setiembre de 1835.

La duquesa de Berry volvió del Catajo á las nueve de la noche, y parecia muy animada; por lo que á mí toca, cuanto mas pacífico habia estado, tanto mas queria que aceptasen el combate; nos atacaban, y preciso era que nos defendiésemos. Propuse, medio risueño, á S. A. R. llevarla disfrazada á Praga, y robar por *nosotros dos* á Enrique V. Solo se trataba de saber en dónde pondríamos nuestro hurto. La Italia no convenia, á causa de la debilidad de sus principes; las grandes monarquias absolutas debian ser abandonadas por miles de razones. Quedaban Holanda é Inglaterra, y yo preferia la primera, porque habia en ella, con un gobierno constitucional, un rey hábil.

Aplazamos esos partidos extraños, y nos fijamos en el mas razonable, el cual hacia recaer sobre mí todo el peso del asunto. Debía marchar solo con una carta de *Madame* y pedir la declaracion de la mayo-

ría: en vista de la respuesta de Praga, debía enviar un correo á S. A. R., que aguardaria mi despacho en Trieste. *Madame* unió á su carta al anciano rey un billete para Enrique: este no debía entregario al príncipe sino en caso de aconsejarlo las circunstancias. El sobre del billete era por sí solo una protesta contra los ocultos pensamientos de Praga. Véanse la carta y el billete:

«Ferrara 19 de setiembre de 1835.

»Mi querido padre: En un momento tan decisivo como este para el porvenir de Enrique, permitidme dirigirme á vos con entera confianza. No me he fiado de mis solas luces en un asunto tan importante, y he querido, por el contrario, consultar en esta grave circunstancia á los hombres que me habian mostrado mas adhesion y lealtad. Mr. de Chateaubriand se hallaba naturalmente al frente de ellos.

»Me ha confirmado lo que yo ya sabia: que todos los realistas en Francia miran como indispensable para el 29 de setiembre un acta que haga constar los derechos y la mayoría de Enrique. Si el leal Mr. *** se halla actualmente á vuestro lado, invoco su testimonio, que está conforme con lo que digo.

»Mr. de Chateaubriand expodrá al rey sus ideas acerca de este acta: dice, y á lo que me parece con razon, que basta simplemente hacer constar la mayoría de Enrique, sin necesidad de publicar manifiesto alguno: creo que aprobareis este modo de pensar. En una palabra, mi querido padre; me remito á él para fijar vuestra atencion y acordar una decision sobre un punto tan necesario. Os aseguro que me ocupo mas de eso que de lo concerniente á mí, y antepongo al mio el interés de Enrique, que es el de la Francia. Creo haberle demostrado con hechos que sabia exponerme por él á los peligros y que no retrocedía ante ningun sacrificio: siempre me encontrará la misma.

»Mr. de Montbel me ha entregado, al llegar, vuestra carta, y la he leído con el mas vivo reconocimiento; veros de nuevo y á mis hijos será siempre mi mas ardiente deseo. Mr. de Montbel os habrá escrito que he hecho cuanto pediais: espero que habreis quedado satisfecho de mi solicitud en complaceros y probaros mi ternura y respeto. No tengo ahora mas deseo que el de estar en Praga el 29 de setiembre, y aunque mi salud está bastante quebrantada, espero que llegaré. De todos modos me precederá Mr. de Chateaubriand. Suplico al rey le reciba con bondad y escuche todo lo que le dirá de mi parte. Creed, mi querido padre, en todos los sentimientos, etc.

»P. D. Padua 20 de setiembre. Estaba escrita mi carta, cuando me comunican la orden de continuar mi viaje: mi sorpresa es igual á mi dolor. No puedo creer que semejante orden emane del corazon del rey: solo mis enemigos han podido dictarla. ¿Qué dirá la Francia? ¡Y cómo va á regocijarse Felipe! No puedo hacer mas que apresurar la marcha del vizconde de Chateaubriand, y encargarle que diga al rey lo que me seria harto penoso escribirle en la actualidad.»

Sobre: «A. S. M. Enrique V, mi muy querido hijo; Praga.»

«Padua 20 de setiembre de 1835.

»Estaba á punto de llegar á Praga y abrazarte, mi querido Enrique, cuando un obstáculo imprevisto me detiene en mi viaje.

»Envío en lugar mio á Mr. de Chateaubriand para tratar de tus asuntos y los míos. Ten confianza, mi querido amigo, en lo que te diga de mi parte, y cree firmemente en mi tierno cariño. Con un abrazo á tí y á tu hermana, soy

»Tu afectísima madre y amiga,

«CAROLINA.»

25**

Mr. de Montbel cayó de Roma en Padua en medio de nuestras maniobras. La pequeña corte de Padua le puso mala cara, pues echaba la culpa de las órdenes de Viena á Mr. de Blacas. Mr. de Montbel, hombre muy moderado, no tuvo otro recurso que refugiarse á mi lado, no obstante que me temía: al ver á ese colega de Mr. de Polignac, me expliqué cómo había escrito, sin echarlo de ver, la historia del duque de Reichstadt y admirado á los archiduques, todo ello á sesenta leguas de Praga, punto de destierro del duque de Burdeos: si Mr. de Montbel había sido á propósito para arrojar por la ventana la monarquía de San Luis y las monarquías de este mundo, era en un pequeño accidente en que no había pensado: estuve afile con el conde de Montbel, y le hablé del Coliseo. El volvía á Viena á ponerse á disposición del príncipe de Metternich y servir de persona intermedia para la correspondencia de Mr. de Blacas. A las once escribí al gobernador la carta convenida, y miré por la dignidad de *Madame*, no comprometiéndole á nada á S. A. R., y reservándole la facultad de obrar libremente.

«Padua 20 de setiembre de 1833.

«Señor gobernador: S. A. R. la duquesa de Berry tiene á bien, *por ahora*, conformarse á las órdenes que se os han comunicado. Su proyecto es ir á Venecia con direccion á Trieste: allí, en vista de los informes que tendré el honor de transmitirle, tomará una última resolución.

«Aceptad, os ruego, mis sinceras gracias y la seguridad de la alta consideracion con que soy, señor gobernador.

«Vuestro muy humilde y obediente servidor,

»CHATEAUBRIAND.»

Al leer el delegado esta carta, quedé muy contento de ella. Saliendo *Madame* de la Lombardia veneciana, él y el gobernador dejaban de ser responsables: los actos de la duquesa de Berry en Trieste no tenían ya que ver sino con las autoridades de la Istria ó del Friul: era aquello á quien podía desembarazarse del infortunio: en cierto juego se apresura uno á pasar á su vecino un pedazo de papel ardiendo.

A las diez me despedí de la princesa, la cual ponía su suerte y la de su hijo entre mis manos. Hacíame rey de una Francia á su manera. En una aldea de Bélgica tuve cuatro votos para subir al trono que ocupa el yerno de Felipe. Dije á *Madame*:—«Me someto á la voluntad de S. A. R.; pero temo dejar frustradas sus esperanzas. Nada obtendré en Praga.» Ella me empujó hácia la puerta, diciéndome:—«Marchad, que todo lo podeis.»

A las once subí en el carruaje: la noche era lluviosa. Parecíame volver á Venecia, porque seguía el camino de Mestre: tenía mas deseos de ver á Zanza que á Carlos X.

DIARIO DE PADUA Á PRAGA, DEL 20 AL 26 DE SETIEMBRE DE 1833.—CONEGLIANO.—TRADUCCION DEL ÚLTIMO ABENCERRAJE.—UDINO.—LA CONDESA DE SAMOYLOFF.—MR. DE LA FERRONNAYE.—UN CURA.—LA CARINTIA.—EL DRAVA.—UN ALDEANITO.—FRAGUAS.—DESAYUNO EN LA ALDEA DE SAN MIGUEL.

Mucho sentí, al pasar por Mestre, hácia el fin de la noche, el no poder ir á la ribera: quizá algún faro de las últimas lagunas me habría indicado la isla mas hermosa del mundo antiguo, como una pequeña luz descubrió á Cristóbal Colon la primera isla del Nuevo-Mundo. En Mestre fue en donde desembarqué de

Venecia, cuando mi primer viaje en 1806: *fugit cetis.*

Desayuné en Conegliano, en donde fui cumplimentado por una dama traductora del *Abencerraje*, y sin duda parecida á Blanca: «Vió salir á una joven, vestida poco mas ó menos como las reinas góticas esculpidas en los monumentos de nuestras antiguas abadías: llevaba sobre su cabeza una mantilla negra, y con su mano izquierda tenía cruzada y cogida dicha mantilla como una toca por debajo de la barba, de suerte que de todo su rostro no se veian mas que sus grandes ojos y su sonrosada boca.» Pagó mi deuda al traductor de mis concepciones españolas, reproduciendo aquí su retrato.

Cuando volví al carruaje, me arengó un cura acerca de *el Genio del Cristianismo*: Cruzaba yo el teatro de las victorias que llevaron á Napoleon á la invasion de nuestras libertades.

Udino es una hermosa ciudad, en la que noté un pórtico imitado del palacio de los Dux. Comí en la posada en el cuarto que acababa de ocupar la condesa de Samoyloff: todavía estaba todo lleno de sus desarreglos. Esa sobrina de la princesa Bagration, *otra injuria de los años*, ¿es todavía tan bella cómo lo era en Roma en 1820, cuando cantaba de un modo tan extraordinario en mis conciertos? ¿Qué brisa traía de nuevo á esa flor en pos de mis pasos? ¿Qué viento empujaba esa nube? Hija del Norte, tú gozas de la vida, apresúrate; las armonías que te encantaban han cesado ya; tus dias no tienen la duracion del día polar.

En el libro de la fonda estaba escrito el nombre de mi noble amigo, el conde de la Ferronnaye, que volvía de Praga á Nápoles, como yo iba de Padua á Praga. El conde de la Ferronnaye, compatriota mio por doble título, puesto que es breton y malino, ha mezclado sus destinos políticos con los míos: era embajador en San Petersburgo cuando yo era en París ministro de Negocios Extranjeros: ocupó este último puesto, y yo fui á mi vez embajador bajo su direccion. Enviado á Roma, presenté mi dimision al advenimiento del ministerio Polignac, y la Ferronnaye heredó mi embajada. Cuñado de Mr. de Blacas, es tan pobre como este es rico: dejó la dignidad de par y la carrera diplomática cuando la revolucion de julio: todo el mundo le estima, y nadie le odia, porque su carácter es puro y su ánimo conciliador. En su última negociacion en Praga se dejó sorprender por Carlos X, que camina hácia sus últimos lustros. Los ancianos se complacen en los misterios, no teniendo nada que mostrar que valga algo. Exceptuando á mi anciano rey, quisiera que ahogasen á todo el que no es jóven, principiando por mí y unos doce amigos míos.

En Udino tomé el camino de Villach, dirigiéndome á Bohemia por Salzbourg y Linz. Antes de penetrar, en los Alpes oí tocar campanas, y ví en la llanura un campanario iluminado. Hice preguntar al postillon por medio de un alemán de Strasburgo, *cicerone* italiano en Venecia que Jacinto me había traído para intérprete slavo en Praga. Los regocijos, cuya causa pregunté, tenían lugar con motivo de la promocion de un eclesiástico á las órdenes sagradas: al dia siguiente debía decir la primera misa. ¿Cuántas veces esas campanas que proclaman hoy la union indisoluble de un hombre con Dios, llamarán á ese hombre al santuario, y á qué hora resonarán esas mismas campanas sobre su féretro?

—22 de setiembre.

Dormí casi toda la noche al ruido de los torrentes, y me desperté la amanecer, el 22, entre las montañas. Los valles de la Carintia son agradables, pero nada tienen característico: los campesinos no tienen traje particular; algunas mujeres llevan pieles como las húngaras; otras tienen la cabeza cubierta de pa-

ñuelos blancos sujetos por detrás, ó de gorras de lana, almohadilladas alrededor, como un medio entre el turbante del osmanli y el solideo de boton del talapuino.

Mudé caballos en Villach. Al salir de esta parada, seguí un ancho valle á orillas del Drava nuevo conocimiento para mí: a fuerza de pasar rios, hallaré al fin mi última ribera. Lauder acaba de descubrir la embocadura del Niger: el osado viajero entregó sus dias á la eternidad en el momento en que nos revelaba que el rio misterioso del Africa vertía sus aguas en el Océano.

A la entrada de la noche estuvimos á punto de quedar detenidos en la aldea de San Paternion: tratábase de untar las ruedas: un mozo atornilló la tuerca de una de las ruedas al revés, con tal fuerza, que era imposible sacarlo. Todos los espertos de la aldea, con el herrador al frente, salieron mal en sus tentativas: un mozo de catorce á quince años se separó de los operarios, volvió con un par de tenazas, apartó á los trabajadores, volvió la tuerca con un alambre, la retorció con sus tenazas, y dando vuelta con la mano en el sentido del tornillo, sacó la tuerca sin el menor esfuerzo: fue aquello un *viva* universal. ¿Seria aquel muchacho algun Arquímedes? La reina de una tribu de Esquimales, aquella mujer que trazaba al capitán Parry un mapa de los mares polacos, miraba atentamente á los marineros soldar en la fragua cabos de hierro, y sobresalía por su genio entre toda su raza.

En la noche del 22 al 23 atravesé una masa espesa de montañas que continuaban su cadena delante de mí hasta Salzbourg. Sin embargo, esas fortificaciones no defendieron el imperio romano. El autor de *Los Ensayos*, hablando del Tirol, dice con su natural viveza de imaginacion: «Era como un manto que solo vemos doblado; pero que si estuviere extendido, seria un gran país.» Los montes que yo rodeaba se asemejaban á un hundimiento de las cadenas superiores, que, al cubrir un vasto terreno, formasen pequeños Alpes con los diversos accidentes de los grandes.

Por todos lados bajaban cascadas que saltaban sobre lechos de piedras, como los arroyos de los Pirineos. El camino seguía por gargantas en que apenas cabía el carruaje. En las cercanías de Gemund unas fraguas hidráulicas mezclaban el ruido de sus martillos al de las esclusas de caja: de sus chimeneas brotaban columnas de chispas entre la noche y los negros bosques de abetos. A cada soplo en el horno, los techados abiertos de la fábrica se iluminaban súbitamente como la cúpula de San Pedro de Roma en un día de fiesta. En la cadena del Karch se añadieron tres pares de bueyes á nuestros caballos. Nuestro largo tren sobre las aguas de los torrentes y los barrancos inundados tenía el aire de un puente viviente: la cadena opuesta del Tanern estaba cubierta de nieve.

El 23, á las nueve de la mañana, me detuve en la linda aldea de San Miguel, en el fondo de un valle. Unas muchachas austriacas, altas y hermosas, me sirvieron un desayuno muy aseado en un cuartito, cuyas dos ventanas daban á unas praderas y á la iglesia de la aldea. El cementerio, contiguo á la iglesia, estaba separado de mí, solo por un patio rústico. Sobre el musgo de los sepulcros antiguos se elevaban cruces de madera inscritas en un semicírculo, de las que colgaban pilitas de agua bendita: cinco sepulturas, todavía sin musgo, anunciaban cinco nuevos descansos. Algunas de las fosas, como cuadros de huerta, estaban adornadas de caléndulas de flores doradas: en aquel jardín de los muertos corrían aguzanieves en pos de las langostas. Una mujer muy vieja, coja, apoyada en una muleta, atravesaba el cementerio, y traía una cruz caída: tal vez la ley le permitía apropiarse aquella cruz para su tumba: la madera muerta, en los montes, pertenece al que la coge,

«Allí duermen ignorados poetas sin glorias, oradores sin voz, héroes sin victoria.»

¿El niño de Praga no dormiría mejor aquí sin corona que en el cuarto del Louvre, donde estuvo expuesto el cuerpo de su padre?

Mi desayuno solitario en la sociedad de los viajeros alimentados tendidos bajo mi ventana, habria sido á mi gusto sino me hubiese afligido una muerte sobradamente reciente: habia oído gritar á la pollita servida en mi festin. ¡Pobre polluelo! Era tan feliz cinco minutos antes de llegar yo! Paseábase entre la yerba, las legumbres y las flores; corría entre los rebaños de cabras que bajaban del monte: esta noche se habria acostado con el sol, y era todavía bastante pequeño para dormir bajo las alas de su madre.

Enganchado el carruaje, subí en él, rodeado de mujeres, y los mozos de la posada me acompañaron: mostraban alegría de haberme visto, sin embargo de que no me conocian ni debían volverme á ver: ¡me llenaban de tantas bendiciones! ¡Nunca me canso de esa cordialidad alemana! Nunca encuentra uno á un aldeano que no le quite el sombrero y le desee cien cosas buenas: en Francia no se saluda mas que á la muerte: la insolencia es reputada como libertad é igualdad: no hay simpatía de hombre á hombre: envidiar al que viaja con alguna comodidad, ponerse en jarras en disposicion de acometer á todo el que lleva levita nueva ó camisa blanca. Tal es el signo característico de la independencia nacional, sin contar con que pasamos los dias en las antecámaras aguardando los sofiones de un patán advenedizo. Esto no nos quita la alta inteligencia, ni nos impide triunfar con las armas en la mano; pero no se forman costumbres *á priori*: hemos sido por ocho siglos una gran nacion militar, y cincuenta años no han podido cambiarnos: no hemos podido adquirir el verdadero amor de la libertad. Así que tenemos un momento de descanso bajo un gobierno transitorio, la antigua monarquía retona bajo su cepa, y reaparece el antiguo genio francés: somos cortesanos y soldados; nada mas.

GARGANTA DEL TANERN.—CEMENTERIO.—¡ATALA, Y QUÉ MUDADA!—SALIDA DEL SOL.—SALZBOURG.—REVISTA MILITAR.—FELICIDAD DE LOS ALDEANOS.—WORNABRUCK.—PLANCOUET Y MI TIA.—NOCHE.—CIUDADES DE ALEMANIA Y CIUDADES DE ITALIA.—LINZ.

23 y 24 de setiembre de 1833.

La última cordillera de montañas enclavadas en la provincia de Salzbourg domina la region de las tierras de labor. El Tanern tiene ventisqueros: su esplanada se parece á todas las de los Alpes, pero mas particularmente á la del San Gotardo. Sobre aquella esplanada, cubierta de un musgo rojizo y helado, se eleva un calvario; consuelo dispuesto siempre, refugio eterno de los desgraciados. Alrededor de ese calvario se hallan enterradas las víctimas que perecen en medio de las nieves.

¿Cuáles eran las esperanzas de los viajeros al pasar, como yo, por este sitio cuando les sorprendió la tormenta? ¿Quiénes son? ¿Quién los ha llorado? ¿Cómo descansan allí tan lejos de sus parientes, de su país, oyendo á cada instante el mugido de las tempestades, cuyo soplo los arrebató de la tierra? Pero duermen al pie de la cruz: Jesucristo, su compañero solitario, su único amigo, clavado al sagrado leño, se inclina hácia ellos, y se cubre de las mismas escarchas que blanquean sus sepulcros: en la morada celestial los presentará á su padre y los calentará en su regazo.

El descenso del Tanern es largo, malo y peligroso: agradábame infinito. Ya por sus cascadas y sus puentes de madera, ya por lo reducido de su encanto, recuerda el valle del Puente de España en Canterets, ó